

ENTREVISTA A

Jaime Nubiola

Loreto Spá y Ana M^a Romero Iribas

Septiembre de 2013

En tu libro *El taller de la filosofía* comparas al artista del Renacimiento con el filósofo contemporáneo. Llama la atención que un filósofo acuda al arte (a los artistas) para explicarse a sí mismo y nos parece muy interesante acercar y contrastar disciplinas tan diversas en apariencia. Quizá porque ambas van tras los misterios del ser humano y del mundo desde caminos diferentes, parece que se atraen irresistiblemente. ¿Podrías hablar sobre la relación entre la filosofía y el arte desde tu punto de vista?

X

El origen de ese libro mío —y en particular de su título— se encuentra probablemente en la lectura de Ernst Gombrich. En sus estudios sobre el trabajo de los artistas en las encrucijadas de la historia del arte, me pareció descubrir algunas claves decisivas para entender mejor el trabajo de los filósofos. El abigarrado taller de un artista del Renacimiento, con sus maestros, aprendices y demás, me resultaba una representación más acertada del trabajo de un profesional de la filosofía que la sombría figura convencional de *El pensador* de Rodin o la de Descartes solitario junto a la estufa. La permanente insatisfacción del artista ante su obra, su constante empeño por aprender más y por mejorar sus técnicas, o incluso la dificultad que suele encontrar en su comunicación con los demás, tienen su réplica en la vida del filósofo. La imagen del taller destaca además el carácter gremial propio de los saberes artesanales que ambas profesiones —a mi juicio— comparten. En mayo de 1995 tuve ocasión de acompañar a mi colega Joaquín Lorda en una visita en Londres con motivo del ochenta cumpleaños de Ernst Gombrich. Estuvimos dos noches seguidas cenando en su casa y hablando de arte y filosofía: a todos nos parecía que no eran tareas muy distintas cuando se hacían *bien*, esto es, con un buen conocimiento de la tradición y con una suficiente dosis de pasión y creatividad.

El arte aventaja a la filosofía en muchos aspectos: cuando unos seres humanos admiran la belleza de la naturaleza o se regalan cosas hermosas es siempre un triunfo del espíritu. Viene a mi cabeza el recuerdo de Victor Frankl en el campo de concentración de Sachsenhausen: “Una tarde, ya de regreso en los barracones, derrengados sobre el suelo, muertos de cansancio, con el cuenco de sopa entre las manos, entró de repente uno de los internos para urgirnos a salir al patio y contemplar una maravillosa puesta de sol. Allí, de pie, vimos hacia el oeste unos densos nubarrones y el cielo entero lleno de nubes que continuamente variaban de forma y de color, desde el azul acero al rojo bermellón. Esa luminosidad menguante contrastaba de forma hiriente con el gris desolador de los barracones, especialmente cuando los charcos del suelo fangoso reflejaban el resplandor de aquel cielo tan bello. Luego, tras unos minutos de silencio y emoción, un prisionero le dijo a otro: ‘¡Qué hermoso *podría* ser el mundo...!’”.

A su vez, la filosofía aventaja al arte como discurso racional. Aspira a formular de manera comprensible las mejores respuestas a los porqués más acuciantes de la humanidad. La filosofía aspira a hacer más razonables nuestras vidas.

En nuestras conversaciones, comparece con frecuencia el tema de la autonomía de la obra artística, pues parece que la obra de arte tiene vida y entidad propia con independencia de que el receptor pueda captar su esencia o llegar a entender el lenguaje del que el artista se ha servido. ¿Es para ti vinculante que la obra de arte llegue a ser captada para el receptor para que exista como tal?

Hay obras de arte que han de esperar muchos años —a veces siglos— para ser debidamente valoradas. A mí me gusta poner como ejemplo dos excelentes pintores, nacidos ambos en Holanda, que vivieron simultáneamente: Lawrence Alma-Tadema (1836-1912) y Vincent Van Gogh (1853-1890). Todo el mundo aprecia hoy a Van Gogh, que vivió siempre entre la miseria y la enfermedad mental; en cambio, prácticamente nadie ha oído hablar de Alma-Tadema —un artista de primera categoría— que fue el pintor más reputado en Inglaterra en el siglo XIX (¡y amasó una fortuna con su arte!).

La esencia de la obra de arte —al menos para Charles S. Peirce y para mí— es el *efecto que causa en quienes la contemplan*. La esencia de la obra de arte —como la de todos los artefactos— no es algo que esté dentro de ella, sino fuera: es su finalidad.

Si escribo un texto maravilloso y lo borro sin que nadie lo haya leído y ni siquiera yo mismo lo recuerdo, no hay obra de arte. Si escribo un texto poniendo ahí mi alma y lo guardo tan cuidadosamente que incluso llego a olvidarme de él, y cien mil años después llega alguien que lo encuentra casualmente y se emociona al leerlo, entonces ahí hay una obra de arte. La había desde el principio y estaba esperando —en el ángulo oscuro como el arpa de Bécquer— que llegara el lector elegido para traer mi espíritu de nuevo a la vida. Yo escribo para que me lean, para que se emocione mi lector al sentirse querido y comprendido hasta el fondo del alma y así llegue a desear ser mejor persona. Es difícil explicarlo, pero yo lo veo así.

Desde el pragmatismo pluralista que defiendes y que distingues del relativismo escéptico, tan generalizado en nuestros días, ¿piensas que la belleza es objetiva o que es relativa? Y en este sentido, ¿puede decirse que el arte es objetivo?

El arte es social, es comunitario, es comunicativo. No hay belleza en el amanecer que nadie contempla; tampoco en lo más recóndito del planeta Tierra si ningún ser humano pudiera llegar a admirarlo. Vienen a mi memoria aquellas tristes palabras finales de Roy Batty en *Blade Runner*: “Yo he visto cosas que vosotros no creeríais. (...) Todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia”. La belleza que los seres humanos no compartimos viene a ser como lágrimas en la lluvia. La belleza es relativa a nosotros, pero, por supuesto, es objetiva y por eso regalamos cosas bellas a quienes queremos.

En las modas, en cambio, inciden muchos otros factores subjetivos o de la mentalidad de la época. Por poner un ejemplo, hoy estaba estudiando la primera visita de Charles S. Peirce al Museo del Louvre en noviembre de 1875. Me ha sorprendido comprobar a través del cuadro “*Le Salon Carré du Louvre*” que pintó K. Lucjan Przepiorski en aquel año, cómo La Gioconda estaba entonces en un lugar más bien secundario mientras que hoy en día ocupa un lugar central y las muchedumbres se arremolinan ante ella.

Popper afirmaba que el empeño por alcanzar la verdad era uno de los elementos decisivos para construir un mundo mejor. Muchos siglos antes, Agustín de Hipona relacionó verdad con belleza y escribió que *la belleza es el esplendor de la verdad*. ¿Existe una relación entre verdad y belleza?

Me cautiva la expresión de san Agustín. De mi maestro Alejandro Llano he aprendido el contraste entre brillo y resplandor. Quizá sea un lugar común. Los objetos que brillan deben su luz a otros; en cambio, a las cosas que resplandecen les sale la luz de dentro. En este sentido puede darse la vuelta a la frase de san Agustín y decir que la verdad si es bella resulta espléndida, resplandece, y por eso nos atrae. Sin embargo, es cierto también que hay verdades aburridas, o mejor, hay campos en los que descubrir la verdad requiere un trabajo metódico y riguroso porque lo que se busca está quizá muy al fondo o escondido. “Para ser profundo es necesario ser aburrido”, escribió Charles S. Peirce y con eso quería decir, sobre todo, que la verdad no es nunca fruto del azar o de la improvisación.

x

Es una pregunta ambiciosa y sin respuesta única, pero imposible resistirse a hacerla a un filósofo. Para ti, ¿qué es el arte?

Primero, una aclaración: no soy experto en arte, ni un artista, pero amo la belleza y me gusta reconocerla. Más bien me veo a mí mismo como un artesano que pone amor en la obra que está haciendo con sus dedos; de tarde en tarde, —soy yo el primero en asombrarme de que suceda el milagro— el texto se llena de espíritu hasta echarse a volar con vida propia. La obra de arte es siempre un triunfo del espíritu sobre la materia, en mi caso, las palabras. Para mí, que ando siempre a vueltas con las palabras, el arte es “decir con la máxima simplicidad las cosas esenciales” (Mercè Rodoreda).

Cuando voy a los museos me gusta fijar mi atención también en el público para impregnarme de sus reacciones. Me impresionó ver en un museo de Londres a un grupo de japonesas con impermeables amarillos —parecían una bandada de pajaritos correteando de cuadro en cuadro— pasmadas ante los cuadros de la vida de Cristo, del todo incomprensibles para ellas. En contraste, me quedo siempre pasmado yo ante las colas de japoneses en la Sagrada Familia de Barcelona que parecen descubrir la hondura de lo religioso en las piedras labradas y en las audaces torres de Gaudí.

El poeta norteamericano Christian Wiman llamó no hace mucho mi atención sobre aquel pasaje de Simone Weil de los dos prisioneros confinados en una cárcel. Entre ellos hay una gruesa pared de piedra y con el paso de los años aprenden a comunicarse

mediante golpes en la piedra. La pared es lo que les separa, pero también es el único medio que tienen para comunicarse. “Es lo mismo entre nosotros y Dios”, dice ella. “Lo que separa es lo que une”. Para mí, la piedra es el arte. Al otro lado está Dios.

Como especialista en filosofía del lenguaje, y puesto que el arte se sirve también de lenguajes, me gustaría que explicaras qué piensas sobre el lenguaje como configurador del modo de conocer, pensar y ser de las personas, de su modo de mirar el mundo y a sí mismos. ¿Podrías desarrollar un poco más esta idea?

No pienso que el lenguaje configure nuestra manera de pensar. Como escribió Aristóteles en las primeras líneas del *Peri Hermeneias*, “los sonidos vocales son símbolos de las afecciones del alma, y las letras lo son de los sonidos vocales. Y así como la escritura no es la misma para todos, tampoco los sonidos vocales son los mismos. Pero aquello de lo que estos son primariamente signos, las afecciones del alma, son las mismas para todos, y aquello de las que estas son imágenes, las cosas reales, son también las mismas”. Aunque el texto parezca a primera vista difícil de entender, resulta muy luminoso. Aristóteles está considerando la diversidad de lenguas que le rodea y afirma que las palabras orales y escritas, tan diversas de unas lenguas a otras, representan las cosas reales, que son las mismas para todos y además son signos de las afecciones del alma [παθήματα τῆς ψυχῆς], que también son las mismas para todos. La uniformidad básica de la percepción humana, de la categorización del mundo, que debería ser obvia, llama a muchos la atención tras largas décadas de relativismo lingüístico. Pero el relativismo lingüístico —que cada lengua incorpore una manera de ver el mundo— es sencillamente falso: ni los esquimales tienen veinte palabras para la nieve, ni los que somos bilingües o trilingües pensamos de dos o tres maneras diferentes.

Lo que sí es cierto es que cada lengua lleva consigo un tesoro cultural diferente. De la misma manera que para valorar una ópera de Wagner es necesaria una preparación, se precisa una educación análoga para poder disfrutar de la poesía de Shakespeare o de la cerámica china tradicional. No es un problema de lenguaje, sino de familiarización con una cultura; pero los seres humanos podemos trascender nuestra cultura.

La educación artística y cultural se ha perfilado como un punto necesario para el desarrollo humano. ¿Cómo se ve eso desde el punto de vista de un filósofo, y por tanto de un conocedor de quién es el hombre?

Resulta del todo indispensable en el siglo XXI favorecer la educación artística en todos los niveles desde la primera infancia hasta la enseñanza para adultos. Estoy persuadido de que los seres humanos serían muchísimo más felices si, por ejemplo, les ahorráramos muchos tediosos cursos de matemáticas reemplazándolos por disciplinas artísticas. Como me decía el matemático y filósofo Hilary Putnam, la matemática ha ocupado un lugar demasiado central en la enseñanza del siglo XX. De mi antigua alumna Sara Barrena he aprendido que la imaginación es el corazón de la razón: por eso la educación artística es la mejor manera de cultivar la razón creativa.

El problema se encuentra probablemente en que la actual cultura de la imagen atrofia nuestra vitalidad intelectual, nuestra capacidad de pensar. Ayer mismo me deslumbró la afirmación de Christian Wiman, “vivimos en un mundo que parece casi *diseñado* para erradicar la vida interior”. La vida íntima del espíritu es la fuente de la libertad; de ahí brota toda la actividad creativa humana. Cuando se embota el espíritu se ciega también la sensibilidad.

¿Qué parte tienen entonces el arte y la cultura, en la consecución de una vida humana lograda? ¿Qué importancia tienen?

Me emociona la pregunta. Todos los días, al comprobar con pena el declive del discurso racional en nuestro mundo supuestamente civilizado, intento consolarme repitiendo con *El Idiota*: “La belleza salvará al mundo”. Estoy persuadido de que es sobre todo a través del arte como el espíritu humano podrá alzar su vuelo en el siglo XXI para superar el materialismo naturalista dominante que reduce los seres humanos a simple biología.

Cuántas veces habré citado las palabras finales de la famosa conferencia de Husserl en Viena el 10 de mayo de 1935, “la crisis de la existencia europea solo tiene dos salidas: la decadencia de Europa, alienada de su propio sentido racional de la vida, [con la consiguiente] caída en el odio del espíritu y la barbarie, o el renacimiento de Europa desde el espíritu de la filosofía mediante *un heroísmo de la razón que supere definitivamente el naturalismo*”.

Han pasado ochenta años pero, tal como veo yo las cosas, la barbarie y la sinrazón siguen acechándonos. Hay bastantes elementos que llevan a pensar que nuestra avanzada sociedad occidental sigue hoy en aquella peligrosa situación, caracterizada por una radical desconfianza hacia la razón libre, el pensamiento independiente y, por supuesto, el desprecio hacia el arte y las humanidades en general. Esto se traduce en multitud de elementos que afectan a la educación en todos sus niveles: desde la eliminación en los sistemas educativos de aquello que John Henry Newman llamó la *liberal education* hasta el predominio de las “habilidades” y “competencias” utilitaristas y prácticas en lugar de la lectura, el estudio y la reflexión que siempre caracterizaron a los verdaderamente sabios. Muchas veces pienso que quienes hoy en día cultivamos las humanidades nos asemejamos cada vez más a los monjes del medievo rodeados de una barbarie agresiva que ignora casi por completo la cultura, tal como preconizan tantas novelas de ciencia-ficción.

X

Pues bien, pienso que para los seres humanos el arte y la cultura son tan importantes como el respirar. Sin ellos, desaparecería el pensamiento libre y —como diría Hannah Arendt— nuestras vidas singulares se tornarían superfluas.

LiveSpeaking nace como una plataforma para la comunicación y difusión de ideas, procesos y creaciones intelectuales y artísticas, como un *lugar* de pensamiento y enriquecimiento a través del diálogo. Nos impulsa una idea humanizadora del arte y la cultura y la convicción de que “la humanización verdadera requiere la conversación” (H. Arendt). Como filósofo, ¿qué opinas de foros como LiveSpeaking?

Me parece maravilloso: espacios en los que nos escuchemos unos a otros, en los que sea posible que quienes saben más compartan con sencillez aquello que con tan gran esfuerzo han llegado a aprender en su corazón. Jean Guittou cuenta en *El trabajo intelectual* su experiencia del campo de prisioneros. Había un buen grupo de profesores y aprovechaban las largas horas de inactividad para darse clases unos a otros. Qué poco sabían los profesores sin sus libros —recuerda Guittou—, pero cuando hablaban de lo que llevaban en su corazón, entonces lo hacían bien. Lo mismo pienso de LiveSpeaking.